

diversidad histórica/cognitiva e incluso dogmática del hecho coránico/árabe; por otra parte, con esa metodología podemos liberarnos del placer de la crítica que conduce indispensablemente a una tendencia unilateral impidiendo, así, que descubramos los diversos sentidos de un signo y permitiendo, negativamente, que gocemos de oír nuestro lenguaje deseado.

En definitiva, la semiótica que hemos mencionado hasta ahora como método indispensable para nuestro tema, es una ciencia que, a partir de su objetividad rigurosa, permite discernir las leyes que rigen el imperio de los signos donde vivimos. Sin embargo, existe todavía una dificultad que nos es casi insuperable: cuando se trata de un sistema no-lingüístico como el jardín, pues es necesario que dirijamos la semiología de la lengua. No obstante, el problema no viene de la ausencia de un sentido no-lingüístico, porque éste ya existe, sino viene de que no podemos hablar más que en términos lingüísticos, que ya son incapaces de asir lo específico en el sentido no-lingüístico. Pese a eso, la semiótica, según nos parece, ha de invadir el dominio de lo simbólico que fue, habitualmente, reservado a la etnología, a la historia de las religiones y a la psicología. Porque comparándola con estas ciencias (que no pueden ser más que metodologías operativas), parece tener operaciones más vigorosas y más activas para el conocimiento de un mundo tan opaco y tan confuso como el jardín islámico.

II. El jardín islámico: historia y pluralidad

Partiendo de lo que hemos señalado anteriormente, sería necesario insistir sobre el carácter «sincrónico» del jardín islámico. Por tanto, preferimos rechazar el concepto dogmático de la «influencia» para ver a los jardines como estructuras o como «documentos notables sobre el carácter de la vida de aquellos que los han creado a su estilo... Muéstrame tu jardín y te digo quién eres», así alude G. Marçais a la realidad del jardín, señalando que el jardín «refleja las tendencias políticas de un Estado o las modas de una sociedad».

El jardín musulmán, en su estructura morfológica y espiritual, atrae la atención al Paraíso descrito en el Corán: un lugar maravilloso, bello y perfecto, con flores de varias clases, árboles alineados simétricamente a las flores, cargados de frutas desde la cima hasta el suelo, dejando caer sus ramas para que se puedan desollar, ofreciendo dátiles, plátanos, granados, un aire deliciosamente templado. Aguas límpidas con el sabor de la leche y del vino manan del centro de los ejes y corren esparciéndose por todas partes para dar la vida a todos los seres que abundan en ese lugar maravilloso «¿No ven los infieles que los cielos y la tierra formaban una masa compacta y que nosotros los hemos separado y que por medio de agua damos la vida a todas las cosas?» (XXI, 30). Alfombras florales, tapices espesos, cojines de lana verde tendidos sobre los divanes para los dichosos, copas de oro con licor exquisito «Otros rostros, ese día, estarán alegres, satisfechos de su esfuerzo, en un jardín elevado, en el que no se oirá vaniloquio, habrá allí una fuente caudalosa, lechos elevados, copas preparadas, cojines alineados y alfombras extendidas» (LXXXVIII, 8-16), compañeras purificadas y «buríes de grandes ojos, semejantes a perlas ocultas» (LVI, 22-23), en pabellones de arquitectura fina y preciosa.

En este *firdaws* reside la estructura escatológica del pensamiento islámico con todos sus signos diferentes: la nostalgia, la aspiración a lo perfecto, el consumo de la divinidad, el olvido de los pecados, el empeño de la cultura, el rechazo de las dudas, la idealización de la sociedad, el temor a la naturaleza hostil del desierto oriental. Todos estos diversos signos forman el conjunto semiótico del jardín musulmán. Me gustaría, desde luego, sacar de este conjunto el elemento más digno y paradigmático de lo que ha sido históricamente el jardín islámico: me refiero a Persia. No encuentro, en realidad, muchas dificultades para trasladarme de la escatología musulmana al gnosticismo persa; además, no estoy obligado a acordarme del Islam cuando pienso en Persia, sin embargo, al contrario, sí. Persia con su filosofía, su literatura, su arte, su rica tierra de frutos y sus jardines ha sido la iniciadora y el modelo paradigmático del jardín islámico; las artes plásticas de Irán y la obra rica de los miniaturistas conducen a jardines de escenas variadas. De éste han surgido civilizaciones, amores reales, inspiraciones poéticas, imaginaciones, alusiones metafóricas..., el diván de Omar al-Jayyam, el Gulistan de Sa'di en el cual dice: «Fuimos a pasearnos. Era en primavera. Un calor suave se esparcía en el aire, y el reino de la rosa comenzaba. Los árboles tenían un ropaje de hojas parecido al vestido de la fiesta de las personas felices. Era la primera tarde del mes de «Dylali». Un ruiseñor cantaba en un ciprés, y, sobre una rosa púrpura, temblaban perlas de rocío parecidas a las gotas del sudor sobre las mejillas de una joven sonrojada. Aquella noche traía a mi amigo a mi jardín. En verdad, no conocéis un jardín más delicioso. Se habría dicho que una polvareda de diamantes habría sido extendida en el suelo y el collar de las Pléyades estaba suspendido en cada pampana. El riachuelo llevaba un agua cristalina, los pájaros cantaban melódicamente y un gran silencio susurraba en mi corazón».

Este jardín ha inspirado incluso a los artistas el modelo de los tapices, que extendidos sobre el suelo de los salones, introducen el recuerdo de aquellos lugares maravillosos. Ya no se puede interrumpir el abrazo estático entre la vista y el jardín. Ya no hay por qué sufrir la nostalgia. Las características de este jardín oriental consisten en los aspectos siguientes: una superficie formada por cuatro compartimientos, en éstos se localizan flores y árboles en los cuales cantan melódicamente los pájaros. Los cuadrados están separados entre ellos por canales donde nadan los peces y bogan los patos. Al encuentro del canal mediano y de los canales que lo cortan, se levantan chorros de agua por encima de las albercas. Se nota, en esta medida, que el jardín iranio (microcosmos del mundo, símbolo de la vida) ha constituido el arquetipo del jardín islámico. Desde él, y a través de algunas fuentes chinas y grecorromanas confusas, nos trasladamos a los deleites de los califas Abbassíes: a Samarra, y a los palacios construidos por los sucesores de Harum Al-Rachid. El jardín de Samarra con su decoración fantástica evoca el recuerdo del jardín francés. Estos dos jardines, por su postura arquitectural, sus macizos rectilíneos y sus albercas alargadas, forman el tipo del jardín romano. Este se llamaba el Nil o el Euripe. Todos, entonces, coinciden en la longitud como perspectiva estética, pero cada uno se define en su propia estructura. El tipo de Samarra iba a esparcirse a través del mundo islámico. En el Egipto de los emires Tuluníes, se adornó el viejo Cairo de jardines privados con flores y árboles, albercas de agua y perfumes aromáticos. Un viajero persa nos dice en su

preciosa descripción del viejo Cairo: «He oído decir a una persona que merecía toda confianza que un particular había hecho un jardín sobre la azotea de una casa de siete pisos. Hizo subir un becerro y lo crió hasta que se convirtió en un buey. Instaló una noria que, puesta en movimiento por ese buey, elevaba el agua sobre la azotea donde ha plantado naranjos de frutos dulces y amargos, plataneros y otros árboles frutales. Había sembrado igualmente flores y plantas oloríferas de todas clases».

Prosiguiendo la migración de los jardines del Islam, nos encontramos al otro lado del mundo musulmán en el jardín Raqqada, ocho kilómetros lejos de Kayrawan, en él gozaron de la vida los últimos príncipes de la dinastía Aglabí. En la Raqqada, y según indica su nombre, se duerme profundamente, es un lugar bendito, en él dejó de sufrir del insomnio el emir Aglabí: «Quién entra a Raqqada, no deja de reír y divertirse sin ningún motivo».

Estos detalles de la jardinería musulmana, pasando por los encantos de los jardines argelinos/turcos, iban a sobrevivir y coexistir con casi toda su autenticidad en un país muy conocido por la conservación y la moralidad reales, que es Marruecos. Preferimos, antes de introducir la discusión sobre este país, entregarnos a la inspiración de los obsequios más admirados del mundo musulmán; me refiero a la España musulmana. De esta tierra nostálgica, volveremos, inexorablemente, a Marruecos para encontrar los obsequios estéticos trazados por la inteligencia musulmana expulsada por el occidente católico. Al-Andalus es la tierra más cerca del cielo, es el simulacro más fiel del paraíso coránico. Sobre el jardín Hayr al-Zayyali de Córdoba escribe Ibn Jaqan: «Este hayr es uno de los lugares (de placer) más maravillosos, más bellos y más perfectos. Su patio es de mármol puro y blanco, una corriente de agua lo atraviesa serpenteando como una culebra. Hay una pila en que caen todas las aguas. El techo (del quiosco) estaba decorado en oro y azul y en estos colores también estaban decoradas las paredes y las otras partes. El jardín tenía hileras (de árboles) simétricamente alineados y sus flores sonreían con capullos abiertos, las frondas del jardín evitaban que el sol viese el suelo y la brisa corriendo día y noche por el jardín, iba cargada de perfumes. Abu'Amir (Ibn Suhayd) gozaba allí temporadas de bienestar y descanso, mañana y tarde. El destino le procuraba en esta época cuanto deseaba y los placeres de sobriedad y de embriaguez se sucedían el uno al otro en su experiencia. El y el dueño del jardín que está sepultado a su lado, eran compañeros en la persecución juvenil de gratificación sensual y aliados en el regocijo».

Como sabemos, los califas omeyas y sus altos funcionarios han decorado todas las afueras de Córdoba por jardines dignos de verduras, aguas vivas y pájaros raros. Y para un visitante de Medina al-Zahra, actualmente destruida, no podía sino desbordar su amor a las flores y disfrutar de toda la sobriedad que pueda tener un ser humano. Desde estos aspectos brotaron las inspiraciones que condujeron la poesía andaluza al *rawdīyat* y al *nawriyat*. Y con Ibn Luyun, especialmente, encontramos agradable oírle decir:

«En cuanto a casas entre jardines es preferible que estén elevadas, tanto a fines de vigilancia como para su ubicación».

«Y que estén orientadas hacia el mediodía, con la puerta en uno de los lados, y que sean elevados el aljibe y el pozo».